

El reto de encerrar el movimiento: cómo reflejar en el diccionario el dinamismo del léxico

Elena de Miguel, Santiago U. Sánchez Jiménez, Ana Serradilla Castaño,
Romana-Anca Radulescu y Olga Batiukova (eds.) (2008):
Fronteras de un diccionario. Las palabras en movimiento,
Cilengua, San Millán de la Cogolla, 580 pp., ISBN: 978-84-936297-8-6

Aparece estos días un nuevo libro de Cilengua, *Fronteras de un diccionario*, con el sugerente subtítulo de *Las palabras en movimiento*. La tensión entre lo estático del diccionario y el dinamismo del léxico, hilo conductor de las colaboraciones, se palpa ya en el título, y alude a ella también Elena de Miguel («El dinamismo del léxico y la estabilidad del diccionario. Breve reflexión introductoria»), que enumera algunos de los problemas teóricos y prácticos ante los que se encuentra el lexicógrafo, y saluda el nuevo interés existente entre los lingüistas por encontrar rasgos léxicos mínimos que permitan organizar el léxico en clases de comportamiento semejante, por hallar una salida a la enorme dificultad que hizo, décadas atrás, desesperar de identificar continuidades en este ámbito «idiosincrásico, heterogéneo e inabarcable», así como el empeño por lograr definiciones homogéneas y coherentes, que eviten circularidades y, peor aún, remisiones que ya no interesan o que confunden, «camino que se cortan de repente». A este empeño ayudan hoy las nuevas tecnologías, que permiten el análisis de inmensas bases de datos a la búsqueda de las palabras en uso y en combinación con otras palabras. Esta obra, resume Elena de Miguel, analiza varios aspectos que plantean problemas al lexicógrafo por transitar «en las zonas fronterizas de los diccionarios».

Tras su reflexión liminar, el libro se divide en tres bloques, dedicados a tres tipos de *movimiento* de las palabras: «Movimientos en el tiempo», «Movimientos en la estructura léxica» y «Movimientos en el espacio». El paso de un bloque a otro es fluido (p. ej. los cambios categoriales tienen lugar en la diacronía, con lo que son, también, «movimientos en el tiempo») debido a la homogeneidad del conjunto, que hace que el libro sea un *continuum* armónico y no una mera recopilación de trabajos.

En el primer capítulo, «El cambio léxico y diccionarios generales: algunos ejemplos de palabras en movimiento», María Concepción Vilegas analiza el tratamiento de arcaísmos y neologismos en el *DRAE* (ed. de 2001), el *Diccionario de uso del español* de María Moliner y el *Diccionario del español actual* de Manuel Seco, Olimpia Andrés y Gabino Ramos. Se estudian tanto la presencia de este tipo de términos como su marcación (sin marca, desusado, antiguo...), y las distintas motivaciones a que la acogida u omisión de estos términos puede responder; y se comentan también algunas faltas de coherencia tanto en el conjunto de voces recogidas como en su marcación o en la organización de las acepciones desusadas y actuales de diferentes palabras.

El siguiente trabajo, firmado por Mercedes Quilis Merín, lleva el título de «Diccionario y normas ortográficas: panorama y aplicaciones en la lexicografía española de los siglos XVIII al XXI». Quilis se centra en el estudio de las locuciones adverbiales, su formalización ortográfica, su consideración gramatical y su recogida en los diccionarios del castellano desde el siglo XVIII. Estas unidades, que Nebrija llamó con gracia «adverbios por rodeo», presentan por su forma heterogénea (preposición más nombre, nombre más adjetivo, preposición más adjetivo femenino plural...) dificultades para su inserción en modelos gramaticales. La autora expone el tratamiento (lematización y ortografía) que han recibido las locuciones en los diccionarios, desde Nebrija o Covarrubias hasta el *Diccionario panhispánico de dudas*: inclusión como subentrada dependiente de su componente principal o bien entrada independiente, ocasional unión gráfica entre sus componentes hasta el siglo XIX, y en general escasa marcación gramatical o de otro tipo.

Sigue la colaboración de Jacinto González Cobas, titulada «Los instrumentos de medida en el *DRAE*: una propuesta de modelo de definición», que indaga sobre las características y la estructura que habrían de tener las entradas de un diccionario, y fundamentalmente la definición, para lograr esquivar el fantasma de la heterogeneidad y falta de coherencia, siempre al acecho en obras tan extensas y complejas como un nuevo diccionario (el autor piensa en el *Nuevo Diccionario Histórico del Español*). Para mostrar su propuesta, recurre al grupo de los instrumentos de medida recogidos en el *DRAE* (22.^a edición, 2001). Tras un repaso de las aportaciones más recientes a la teoría de la definición, González Cobas pasa a analizar los rasgos por los que son definidos los instrumentos de medida en el *DRAE*, y las varias codificaciones lingüísticas de estos rasgos (para marcar la función de un instrumento hay hasta 28 fórmulas diferentes,

desde las frecuentes «instrumento que sirve para medir» o «instrumento que mide» hasta «instrumento que se usa para tomar»). Para terminar, el autor expone varias pautas para lograr la mayor coherencia y economía posibles en las definiciones lexicográficas.

Mar Campos Souto firma el estudio «Sobre algunos derivados corradicales del verbo *andar*», acerca de la historia de varios nombres de acción derivados de *andar*. El tradicional encabezamiento de las definiciones lexicográficas («acción y efecto de») resulta engañoso, pues sugiere inmovilidad semántica y cuasisinonimia entre derivados corradicales, y enmascara la diferencia entre efecto y acción, e incluso que el término *acción* puede nombrar tanto procesos como eventos. Tras estas consideraciones se pasa a examinar la historia de algunos de estos derivados de *andar* y el tratamiento que reciben en el inconcluso *Diccionario histórico de la lengua española*. *Andación*, *andada*, *andadura*, *andanza* y *andamiento*, a pesar de haber presentado en algún momento el significado de «acción y efecto», han experimentado en la diacronía (además de períodos de auge y de menor uso, coincidiendo, al menos en parte, con la productividad de cada sufijo) cambios semánticos, extensiones, especializaciones, que les han permitido «coexistir sin grandes riesgos de conflicto», y que tendrán que ser reflejados en cualquier diccionario histórico.

En «Hacer, un verbo que sirve para casi todo», Santiago U. Sánchez Jiménez se pregunta cómo estudiar *hacer*, que, como *dar*, *tener* o *poner*, es un verbo extenso, de significado poco específico, vinculado como hiperónimo con otros verbos (sus tropónimos). Esta relación entre un verbo amplio y varios verbos de significado restringido parece indicar una continuidad, una cierta sistematicidad en el desarrollo del léxico. Además, el autor sugiere que ello permitirá, en el ámbito lexicográfico, elaborar la definición de los tropónimos basándose en el hiperónimo, al que se añade una restricción (*fabricar* es *hacer*, pero con restricciones en el complemento: no se fabrica pan); y muestra también los problemas que surgen por la frecuente práctica lexicográfica de hacer lo contrario, definir el hiperónimo mediante un tropónimo (definir *hacer* con *fabricar* es tan difícil como definir *fruta* mediante su hipónimo *manzana*). Para *hacer*, se proponen tres grandes valores, partiendo de las relaciones que establece con otras palabras en el discurso: significado prototípico, como verbo pleno, en que el objeto es el resultado de la acción verbal; verbo de apoyo de núcleos de predicación (sustantivos abstractos) que expresan acción, y semiauxiliar causativo. El desplazamiento del significado prototípico (merma de la agentividad del sujeto o de la modificación sufrida por el objeto, p. ej.)

es el que genera significados periféricos, que permanecen sin embargo ligados al prototípico, en un *continuum* significativo.

Olga Batiukova examina en «Aplicaciones lexicográficas de la teoría del lexicón generativo» el interés de la ‘nueva lexicografía’ por las aportaciones de la lingüística teórica, y se centra en las posibilidades de la teoría de Pustejovsky aplicada a la elaboración de diccionarios. Se ocupa Batiukova del problema de los rasgos incluidos en las definiciones lexicográficas, algunos de los cuales son lingüísticos y otros enciclopédicos, y aplica la Estructura de *Qualia* para definir qué tipos de información pueden aparecer sin especificar en un lexicón de tipo general. Este modelo teórico, defiende Batiukova, permite fijar las bases de un tratamiento homogéneo en las definiciones lexicográficas, que permita representar las formas, según se trate de un lexicón general o uno técnico, «con mayor o menor grado de granularidad o especificidad» sin necesidad de modificar sustancialmente la arquitectura de la descripción lexicográfica, sino simplemente añadiendo «las informaciones semánticas relevantes dentro de un determinado dominio técnico».

La segunda parte del libro se abre con un trabajo, «*Mal que le pese, pese a que* y otros ‘pesares’. Gramaticalización y lexicalización en la lengua medieval», en el que Javier Elvira González contrapone a la noción de gramaticalización y su papel en la creación de piezas gramaticales la de lexicalización, mediante la cual algunas expresiones complejas, por su frecuencia de uso, dejan de ser comprendidas en función de sus componentes y se almacenan como unidades globales, perdiendo transparencia y capacidad de asumir modificaciones y pudiendo llegar a sufrir recategorizaciones. El autor analiza varias expresiones en las que estructuras originalmente analizables como suma de sus componentes, como «pese a quien pese», amplían su matiz de adversatividad o concesividad latente y se convierten en expresiones como «pese a todo», «pese a que...», perdido el significado antiguo de *pesar* (‘displacer’) y la obligatoria aparición de un humano que sufre ese pesar.

Escribe a continuación Ana Serradilla Castaño, cuya colaboración versa acerca de «*Empero*: la historia de una palabra en continuo movimiento». *Empero* plantea problemas para su definición lexicográfica y para su clasificación sintáctica. La autora analiza el tratamiento lexicográfico que ha recibido la forma y su comportamiento en los *corpus* de datos CORDE y CREA. Su conclusión es que este término, de origen no completamente claro, ha sido definido de maneras muy diversas y adscrito a muy diferentes categorías (conjunción adversativa, pero también concesiva,

adverbio concesivo, conector contraargumentativo...), y que esta variedad refleja su continuo movimiento, sus distintos empleos a lo largo de la historia, sus relaciones cambiantes con otras formas, como *pero*, *aunque*, *sin embargo*...

En el tercer trabajo de este bloque, «Entre el participio y el adjetivo», Rafael Marín Gálvez se plantea los límites entre participios y adjetivos, así como las repercusiones que esto puede tener en la elaboración de un diccionario. El autor propone varios procedimientos para comprobar si una forma presenta, y en qué grado, un comportamiento adjetival (capacidad de asumir la posición prenominal, el prefijo *in-*, de formar superlativos o diminutivos), o un comportamiento verbal (compatibilidad con *recién*, complemento agente) y comprueba que «los participios más cercanos a los adjetivos son los derivados de verbos que denotan estados». La conclusión: esto «nos lleva a replantear en términos aspectuales la cuestión de los límites entre participios y adjetivos»: las pruebas no revelan tanto el carácter adjetival o verbal de las formas examinadas, sino que aportan datos sobre su estatividad, dinamicidad o telicidad.

Sigue la aportación de Théophile Ambadiang, titulada «Configuración del léxico y relaciones léxicas en las lenguas bantúes». En este grupo de más de un millar de lenguas, es central el papel de las llamadas clases nominales, grupos en que se clasifican todas aquellas piezas léxicas que actúan como foco en los procesos de concordancia. Las formas pertenecientes a cada uno de estos grupos tienen en común sobre todo características morfosintácticas, pero también semánticas; sin embargo, se trata de grupos muy amplios y variados que plantean diversos problemas, entre otros en torno a la estructura que deben presentar las entradas léxicas en los diccionarios de lenguas bantúes. El autor, que toma sus datos de la lengua gunu, analiza el componente morfológico flexivo y derivativo, y muestra así la correlación que existe entre la centralidad de las clases nominales en estas lenguas y la organización de su léxico.

Ahmed Berrissoul cierra, con «El uso metafórico de los verbos de movimiento: el caso del árabe y el español», la segunda sección de la obra. Este autor se basa en la teoría del lexicón generativo de Pustejovsky para dar cuenta de la productividad de las extensiones metafóricas a las que hace alusión el título, y se centra en las de *entrar en*, *llegar a* y *empujar a* y sus correspondientes en árabe. Estas extensiones no están, para el autor, relacionadas solamente con asociaciones psicológicas, sino que se derivan de la información lingüística codificada en el nivel léxico. La estructura de estos verbos permite que dejen de expresar un evento y pasen a expresar

un estado cuando se combinan con determinados argumentos: así se contraponen «entrar al cine» con «entrar en crisis». Estos procesos se constatan de modo paralelo en árabe y en español, lenguas sin relación genética ni tipológica, lo que indica el interés de las ideas propuestas y su utilidad para la organización de las acepciones metafóricas.

Toshihiro Takagaki analiza, en «El dativo en la construcción doblemente pronominal con verbos intransitivos de movimiento: un estudio contrastivo del japonés y el español», la codificación sintáctica de la participación indirecta en una acción o proceso en español y japonés (p. ej. en muchos casos en que el español emplea el dativo, como en *a Juan se le murió el perro*, el japonés tiene un tipo de pasiva, la indirecta, en que *Juan* ocuparía la posición de sujeto y *el perro* una similar a la de agente). A continuación se ocupa, ahora solo en castellano, de construcciones con verbos de movimiento, como «Se le fue el hijo a Bosnia», «Con un tubo que se me cayó, estuve un mes de baja» o «Se me cayó el jarrón de las manos», en que el dativo indica lugar de origen o meta del movimiento, interpretación que deriva de las propiedades semánticas de los verbos, aunque hay algunos que permiten (como puede verse en los dos ejemplos de *caer*) una doble posibilidad.

Shiori Tokunaga compara también español y japonés en «Extensión de significados: un estudio contrastivo entre el español y el japonés», y analiza mediante qué procedimientos se adquieren y se descodifican nuevos sentidos de una palabra, tomando como ejemplo expresiones en que se usa *mano* (y su correspondiente japonés *te*) con sentido no literal. Se suele considerar que estas construcciones están muy relacionadas con factores culturales, pero la comparación entre ambas lenguas muestra que muchas se asemejan: p. ej. *echar una mano* y *te-o kasu* ('prestar mano') tienen una estructura semejante y la misma interpretación de la palabra 'mano' (y como consecuencia el mismo significado). Por ello la autora supone que las expresiones idiomáticas no se generan e interpretan de modo diferente a las combinaciones libres de palabras, sino que su sentido surge de la extensión de significado de la palabra clave mediante un proceso metafórico «que se concreta al combinarse con otros componentes que forman la expresión».

Un aspecto algo parecido, ahora en dos lenguas estrechamente relacionadas, aborda Romana Anca Radulescu en «Sobre cuánto puede dar de sí el verbo *dar* en fraseologismos españoles y rumanos», donde describe numerosas concomitancias entre las expresiones metafóricas e idiomáticas con *dar* y *a da*. Supone la autora, basándose en Pustejovsky,

que las palabras tienen definiciones poco específicas que se cargan de significación más precisa al combinarse con «distintas compañías léxicas». Propone que el «vaciado» de un verbo pleno como *dar* al pasar a ser un verbo ligero es el resultado de su combinación con elementos predicativos (*bofetada, beso...*), pero que su significado básico (‘pasar algo de una fuente a una meta’) permanece estable. Tras su análisis de las expresiones fraseológicas en español y rumano, llega a la conclusión de que los mecanismos de recuperación del significado funcionan igual para las combinaciones libres que para las estables.

A continuación Jenny Brumme estudia «Las unidades fraseológicas con numeral en los diccionarios generales», y constata que la atención recibida por los numerales contenidos en múltiples expresiones (*cuatro gatos...*) ha sido escasa, aunque menciona trabajos recientes de semiótica cultural comparatística (especialmente Dobrovol’skij y Piirainen (1997)), de los que toma la noción de símbolo para su estudio de los valores simbólicos del numeral *cuatro* en las lenguas románicas. En este tipo de expresiones, que Brumme acopia consultando diccionarios generales y fraseológicos, el valor connotativo del numeral prevalece sobre el significado denotativo (*cuatro gotas* son más bien ‘pocas’). La autora señala problemas en la organización de estas unidades en los diccionarios consultados, como la falta de sistematización en la lematización.

Jasmina Marki reflexiona en el siguiente capítulo, «El diccionario bilingüe como una herramienta útil para la traducción», sobre las características que habría de tener para el traductor un diccionario bilingüe ideal, un género de diccionarios a los que se ha prestado mucha menor atención que a sus hermanos mayores, los diccionarios monolingües. A pesar de admitir que el diccionario solo puede presentar una información limitada, hace hincapié en la importancia de que presente la suficiente información estilística y pragmática, que permita al traductor ajustar lo más posible su traducción al registro del original. También habría que diseñar el diccionario bilingüe como un diccionario bidireccional, para hablantes nativos de una o de otra lengua, que quieran comprender textos o producirlos: en suma, un diccionario adecuado no solo para la descodificación, sino también para la codificación.

Barbara Pihler presenta con «El componente pragmático en los diccionarios bilingües: deseo y realidad» el último trabajo del libro, en el que se centra en uno de los puntos formulados por el artículo anterior. Aunque es consciente de lo difícil de lograr un diccionario bilingüe perfecto, la autora insiste en la necesidad de que proporcione la información necesaria para la

codificación de mensajes en la L2, para lo que es preciso que incluya datos sobre estilística y pragmática, así como diferentes contextos, colocaciones, y ejemplos del nivel figurado del lenguaje, como frases hechas o modismos. La autora ha comprobado, por propia experiencia y mediante una encuesta a estudiantes de Lengua y Literatura Españolas en la Universidad de Ljubljana, que el usuario de los diccionarios bilingües no busca solo en ellos el significado de palabras que ignora, sino muy a menudo «la función de cierta unidad léxica en el contexto, en su funcionamiento, es decir, le interesa qué y cómo hacer algo con ella».

Belén Almeida Cabrejas

